

Hablando claro a los obispos

DURANTE cinco días han dialogado los obispos españoles con los informadores. El tema de los medios de comunicación social ha sido el que ha estado sobre el tapete de modo sistemático. La prensa, la radio, el cine, el teatro y la televisión se han analizado en sus consecuencias sociales, éticas y religiosas. Y para ello se ha llamado a personas que los obispos han creído calificadas para hablarles del tema, como dóciles discípulos de avezados y reconocidos maestros profanos.

Los tiempos cambian y quienes se rasgaban las vestiduras hace bien pocos años y dictaminaban de todo lo divino y lo humano se cubren hoy de pacífica piel de oveja, presentándose ante la opinión pública como sumisos corderos que quieren escuchar a los que saben más que ellos, según dicen "humildemente".

Pero, ¿a quién han escuchado? ¿Qué disposición de ánimo han tenido en general nuestros obispos?

El cardenal Tarancón abrió las sesiones, con su habilidad característica y un fácil verbo, dando una de cal y otra de arena. Reconoció que los obispos no estaban preparados, pero —al mismo tiempo— volvió a recordar intempestiva e injustamente "las críticas acerbas y hasta virulentas" y "el espíritu inconformista y contestatario" que se manifiesta contra ellos y contra la Iglesia oficial, llegando —según él— a "la obsesión de desacreditar públicamente a la que llaman Iglesia-institución". Y, por si todo esto fuera poco, echa en cara a estas plumas "un dogmatismo que tantas veces ellos han criticado cuando se referían a la actuación de la jerarquía".

Decepcionante nuestro "liberal" cardenal, que se muestra tan poco sereno, abierto y dialogante cuando se hacen críticas a la Iglesia española que él representa habilidosamente por lo general, pero que lo ha hecho tan poco afortunadamente esta vez. Sus palabras parecían las del peor estilo del tiempo franquista en que ellos tenían la sartén por el mango y colaboraban al silencio obligado de la prensa, estando siempre dispuestos a echar venablos contra quien osase hacer la más mínima crítica eclesialística en un período que apenas podía llevarse a cabo esto por el contubernio que oficialmente existía entonces entre Iglesia y Estado.

Hablar con sinceridad en la Iglesia le parece que es pretender "dar directrices obligatorias en nombre del Evangelio", y hacer "dirigismo". Lo cual recuerda el popular refrán: "Piensa el fraile que todos son de su aire".

No quieren reconocer noblemente el daño que han hecho al país y al cristianismo en todos esos años de silencio impuesto "manu militari". Lo que debían hacer es aceptar ahora sinceramente las justas críticas de quienes aman y quieren al pueblo creyente que es la Iglesia, y creer en la fuerza del Evangelio y en la necesidad de las críticas contra los dirigentes del Israel espiritual que es la ambigua Iglesia de hoy, siguiendo el ejemplo del Maestro de todo creyente que es Jesucristo.

Pero no. Con su característica palabra deformadora de la realidad llegamos a lo de siempre en estos últimos siglos de Iglesia dominadora: a aceptar cuando más las críticas de un lejano pasado ya olvidado, pero ninguna crítica de lo que pasó recientemente y, sobre todo, de lo actual, que es la que más interesaría hacer para liberar el mensaje evangélico de ataduras y frenos que lo ahogan y anulan desde arriba.

Lo cómico de estas actitudes es que —al final— todo queda en agua de borrajas al compulsar datos, porque en estas reuniones se llegó a la conclusión, haciendo un análisis objetivo de nuestra prensa, que "la crítica en tono agresivo hacia temas o posturas de la Iglesia católica no llegaba ni al 3 por 100 del total de los artículos analizados" (El Imparcial, 22-VI-78).

"¿Risum teneatis?". Porque la conclusión que sacaríamos de tales datos es que a nuestra Iglesia oficial, tan llena de defectos y tan acostumbrada hasta ahora al apoyo recibido del brazo secular a ser intocable, necesita mucha mayor crítica de la que se ejerce para poder salir de su letargo y de su comodidad ancestrales. Si no, los católicos que quedamos iremos viendo desaparecer no sólo su aparato externo, sino, lo que es más grave, su vitalidad de fondo y su luminoso mensaje de base.

Además, por si todo esto fuese poco, ¿a quién escucharon nuestros obispos como plato fuerte de información el día clave que fue el miércoles día 21? A clérigos moderados y sumisos a la mentalidad centro-derechista de nuestro episcopado, y a seglares que representan una derecha intelectual y política. ¿Es que no hay católicos más avanzados en la Iglesia que ellos dicen presidir con respeto total al pluralismo de opiniones en el mundo eclesial y eclesialístico?

Resulta por demás sospechoso que siempre elijan nuestros prebostes a quienes les van a decir lo que ellos gustan de oír, o incluso un poco más a la derecha,

E.
MIRET
MAGDA
LENA

como ocurrió en esta ocasión, quizá a juzgar por el diálogo posterior a la intervención de Julián Marías, quien —a pesar de su inteligencia— está anclado en unas posturas que resultan religiosamente anacrónicas por su conservadurismo decimonónico.

Quizá estuvo mejor el profesor Desantes, quien —a pesar de su inclinación derechista— dio voces de alarma acerca del panorama deficiente y de poca perspectiva que tiene el mundo de la información, producto —en mi opinión— de la sistemática impronta negativa creada por el franquismo, que yuguló para años la posibilidad de unos medios independientes y que ahondasen en las causas de nuestros males sin quedarse casi siempre en lo superficial y en lo inmediato de la anécdota ligera y espectacular.

No: basta ya de engaños. Si nuestra Iglesia no quiere ser pluralista como predica en teoría, si ha estado acostumbrada hasta ahora a sacar la caja de los truenos cuando le conviene, desde este momento tiene que adoptar otra postura muy diferente si quiere ser creíble, si pretende todavía tener alguna credibilidad.

El magisterio de la Iglesia no debe ser una especie de "coco" que se esgrima continuamente para paralizar iniciativas, y mucho menos exigir dictatorialmente el peso doctrinal o gubernativo de los obispos, que son el escalón ínfimo en la estructura de la Iglesia, como nuestra educadora de los fieles. "Los católicos pueden y deben investigar libremente, para llegar a interpretar las verdades reveladas más profundamente, a fin de que éstas se expongan mejor a una sociedad múltiple y cambiante", y para eso no hay que apagar el sentido crítico, sino hacerlo más profundo yendo a las raíces de todo. "Las opiniones que corren más abiertamente deben ser tomadas en atenta consideración, porque manifiestan la mentalidad y deseos del pueblo", como recordó el propio Vaticano en 1971. No han de ser disminuidas ni aguarlas, conociéndolas sólo a través de la derecha, sino directamente. Y eso es lo que no han hecho los obispos hoy.

Pero si no aceptan esta libertad, su porvenir está contado dentro de nuestras fronteras. ■